

RECITAL DE JAKUB JÓZEF ORLINSKI:

Belleza y música para todos los momentos

JUAN ANTONIO MUÑOZ H.

Antonio Vivaldi seguro que no pudo imaginar, en la barroca Venecia del siglo XVIII, que más de tres siglos después, en un país lejano ubicado en esta América del Sur, el público de un teatro pediría a gritos que un contratenor cantara un aria de su ópera "Il Giustino" (1724). Lo cierto es que eso nos parece increíble incluso a quienes vivimos los hechos en tiempo presente; sin embargo, es lo que ocurrió el domingo por la noche, cuando los espectadores clamaron para que el contratenor polaco Jakub Józef Orłinski interpretara "Vedrò, con mio diletto".

Se debe, por cierto, a la entrañable música de Vivaldi, pero también al trabajo vocal e interpretativo de quien hoy es una estrella del canto barroco. Demuestra, además, la avidez que existe en nuestro medio por escuchar en vivo a los grandes cantantes líricos de la actualidad. Hay que agradecer y aplaudir al Museo de la Moda, que

hizo posible este recital.

Desde el inicio, Orłinski (1990) demostró que el escenario es su hábitat natural y la música, su esencia. Cautivó de entrada con su personalidad apabullante y su cercanía, y muy pronto demostró que es un enorme músico y artista, en el que se conjugan presencia física (ha sido modelo y practica *breakdance*), capacidad expresiva, elegancia, afinación perfecta, belleza vocal, dominio de la dinámica y la coloratura, flexibilidad rítmica y conocimiento de los estilos.

Aunque dedicado al barroco, que es donde se encuentra la mayor parte de las obras para contratenor, Orłinski ha ampliado sus fronteras, alcanzando a Britten y a Matthew Aucoin (1990), de quien estrenó su ópera "Eurydice" (2021) en Nueva York. En esa línea, para su debut en Chile trajo algunas partituras barrocas y un conjunto de canciones polacas de los siglos XIX y XX no compuestas para contratenor, pero que él escogió grabar con su voz ("Fare-

wells", sello Erato 2022). Un repertorio exquisito que difícilmente podrá escucharse otra vez en Chile. Lo acompañó su compatriota, el pianista Michal Biel, otro artista extraordinario, un prodigio en digitación, pero también en sensibilidad para dibujar/insinuar/plasmar los detalles infinitesimales de cada pieza y apoyar el arco interpretativo del cantante.

Partió con "Non t'amo per il ciel", preciosa aria de Johann Joseph Fux (1660-1741), compositor que es cumbre del barroco austríaco, donde Orłinski exhibió el timbre ora plateado ora oscuro de su material que, en combinación con su fraseo, le permite dotar a cada palabra de sentido. Continuó con cuatro canciones teatrales de Henry Purcell (1659-1695); si en "Music for a while" (Música para un momento) maravilló su musicalidad y su capacidad para cambiar de enfoque la insistente palabra "drop" (gota), en "Cold song" ("King Arthur") sobrecogió en esa exigencia malhumorada del genio del frío

a su decisión de dejarse morir. Fueron antológicas también sus versiones de "Fairest Isle" y "Strike the viol", y en todas ellas hay que inclinarse ante el magnífico trabajo de Michal Biel, quien debió reimaginar los sonidos instrumentales antiguos para trasladarlos a un piano Steinway.

Los compositores polacos llegaron con Henryk Czyz (1923-2003) y cuatro de sus "Adioses", donde Orłinski jugó con la dinámica y las posibilidades expresivas de su rostro, solazándose en su registro grave (él naturalmente es bajo-barítono). Para piezas bellísimas de escuchar, tristes y elegíacas, como "Pozegnanie" y "Na wzgórzach Cruzji", habría sido excelente contar con traducciones de los textos. Y lo mismo ocurre con las seis canciones de Mieczysław Karłowicz (1876/8-1909), algunas de las cuales duran poco más de un minuto y que son un concentrado dramático doloroso e íntimo. Evocación crepuscular trajo la atmósfera conseguida por Orłinski,

inmerso en el espacio escénico generado por la luz de fondo (azul, roja) y las numerosas lámparas de brillo cálido.

La incursión polaca terminó con dos joyas de Stanisław Moniuszko (1819-1872), la hermosa "Lza" y la vital "Przkoeniczka" (La hilandera), de evidente inspiración folclórica, que provocó uno de los aplausos más exultantes de la sala. En una vuelta al barroco, el programa contempló el apacible, esperanzador, bello y poco conocido "Aleluya. Amén", Antífona en Re menor (HWV 269), de Händel (1685-1759), incluido en su disco "Anima Aeterna".

Los *encores* fueron el exigente "Come down my blusterers", de "La Tempestad", de Purcell; una canción polaca; "Strike the viol", también de Purcell, y el anhelado "Vedrò, con mio diletto". Y no se puede olvidar que, haciendo gala de su habilidad física, se dio el lujo de hacer, vestido de traje, una perfecta *backflipp* (voltereta hacia atrás).